

uno y otro sexo conocen las verdades fundamentales de la existencia es temprana, debido a la enseñanza de la Calle. Es inútil que la Escuela parezca ignorarlo, cosa que sólo servirá para ridiculizarla a los ojos de los alumnos. Debe conocerla y estudiarla.

2º—La Calle proporciona, sobre todas las cosas de la época presente, una enseñanza que a la Escuela toca hacer coherente y eficaz. El comentario del periódico y de la actualidad cinematográfica debe ser para los profesores una obligación regular y una parte importante de su enseñanza.

3º—Deben reconocerse las enseñan-

zas del periódico y el transparente. Que se interese por todo esto es un beneficio si la Escuela interviene para guiar su juicio. Comentar seguidamente un canto de Homero, un fascículo de «Buffalo Bill», una tragedia clásica y el último drama cinematográfico, constituirá de ahora en adelante la mejor lección de crítica literaria.

Muchas más consecuencias pueden preverse de la aplicación del siguiente consejo: La Escuela debe abrirse serenamente sobre la Calle.

L'UNIVERSITAIRE

(L'Europe Nouvelle.—Setiembre 1919).

NERVO, DIPLOMATICO

Poco he de decir de este aspecto del malogrado vate, porque por grandes que fueran sus condiciones, y amplias sus perspectivas en el fecundo terreno diplomático, el Nervo literato y el Nervo poeta, absorben toda la personalidad cuya memoria honramos con respetuosa y cariñosa unción en este extremo de América, como representativa de uno de los más altos exponentes de la literatura de nuestro idioma.

Pero esta demostración es también un fraternal testimonio de admiración y simpatía a la República Mejicana, que se debate en medio de la realización de los más grandes problemas sociales y políticos y afronta al mismo tiempo con serenidad y altivez las escabrosidades y peligros de una de las más graves situaciones geográficas existentes en el mundo entero, cuadrándose con dignidad ante el obstáculo tan serio como injusto de haber sido dejada, momentáneamente, fuera de la proyectada Sociedad de las Naciones, ella la ilustre patria de Hidalgo y de Morelos, que con Benito Juárez dió el inmarcesible ejemplo de «un país libertado y un emperador decapitado»...

Hablar mucho de Nervo diplomático me parece tan trivial como si hablara de Sarmiento militar, tratando de exaltar su personalidad de educacionista, o de Mitre poeta, tratando de su aspecto de historiador o de político.

Nervo fué introductor de Ministros, segundo y primer secretario en España, y Ministro plenipotenciario en nuestro país y Uruguay, desempeñando una misión de etiqueta ante la Corte de Inglaterra con motivo de la coronación del Rey Jorge V.

A todas partes donde fué obtuvo éxito inmediato, porque se impuso por su cultura y por su probidad. La primera le conquistaba simpatías intelectuales, la segunda, confianza, buena voluntad y simpatía política.

Tenía el culto de lo verdadero, sin limitaciones. Creía, como Píndaro, que se comienza a ser virtuoso siendo verídico, y, como Platón, que la primera condición que exige el gobierno de la República es la profesión de la verdad.

Era siempre amable, a pesar de sus sentimientos pasionales en potencia, por lo mismo que eran exaltadamente artísticos, y la amabilidad sincera es una de las condiciones más recomendables en la diplomacia. Veía pronto y rápido; sabía escapar de los detalles; generalizaba con exactitud y firmeza; sus maneras tenían sello austero y digno, y parecía que encarnaba en ellas el honor de la nación que representaba.

Poseía el preciado dón de emplear oportunamente la resistencia pasiva con tanta o más eficacia que la acción, porque sabía que en diplomacia muy a menudo la inercia es una fuerza.

Creyente en el ideal y en la justicia inmanente, tenía fe en el triunfo final del bien, perseguido con constancia y sin desmayos. Pensaba como San Agustín, que «la verdad es paciencia», y juzgaba como Montaigne, que «la virtud no consiste en vencer sino en luchar».

Tenía la convicción del gran valor de la diplomacia, arma delicada y complicada, cuando se sabe esgrimir con talento, honradez y habilidad...

«La diplomacia, decía (hace unos dos años) es sobre todo para los débiles; sus inagotables recursos han sido forjados para los países pequeños, porque son el arma de los desvalidos».

Aludiendo, con la sutilidad espiritual de que era capaz, al peligro de la situación de su país con relación a su poderoso vecino, decía: «Tal vecindad, sin duda, es peligrosa, tan peligrosa como fatal, ya que un país no puede mudarse de casa, y el problema es grave, aunque no nuevo». «Desde que el mundo existe, y va para rato, los países grandes quieren merendarse a

los países pequeños; y a veces lo logran; pero no siempre».

Luego, por medio de un cuento, simbólico y fantástico a la vez, relata la lucha desigual entre un ogro y Pulgarcillo, en la cual éste, a fuerza de recursos diplomáticos, se defendía eficazmente de la voracidad del gigante.

En la fábula de la serpiente y de la rana, simbolizó también las artes y recursos de la inteligencia contra los abusos e injusticias de la fuerza. La rana se asía fuertemente de una rama cuyos cabos eran la diplomacia, por un lado, y una fuerza militar pequeña, pero de gran cohesión, por el otro. La serpiente, que estaba resuelta a engullirse la rana, se detiene ante este inesperado obstáculo de la rama y sus dos cabos.

«La diplomacia, decía Nervo, ha nacido en los pueblos débiles; los fuertes ¿para qué la necesitan!»

«Las pequeñas Repúblicas del Renacimiento fueron admirables de diplomacia, porque no eran fuertes y a esta diplomacia debieron muchas veces su existencia».

Nervo, con su profunda y perspicaz filosofía, sabe explotar y poner de relieve la vanidad de la justicia que suelen sentir los grandes, y hace que Pulgarcito diga:

«Señor Ogro, a vos que sois grande, tan poderoso, os sienta bien la justicia y la generosidad. Devolvedme lo que me habéis quitado».

«Debemos advertir, agregaba Nervo, que los fuertes tienen la debilidad de querer aparecer siempre justos». Y, luego, añadía esta colosal reflexión, que los grandes suelen olvidar, pero que la experiencia histórica comprueba con verdad consoladora: «La justicia es tan poderosa que, aun a los que nada pueden temer, se les impone y hacen cuanto alcanzan porque, cuando menos las apariencias de sus actos reluzcan de equidad».

Amado Nervo mencionaba «otro tecteo diplomático», eficaz: el argumento de la *conveniencia* que, a veces, llega a la vanidad de la *protección*: «Señor Ogro, dijo Pulgarcillo, no os conviene apoderaros de mi esmeralda»; y lo convenció al Ogro porque la diplomacia de los chicos es más sagaz, más afilada que la de los grandes».

Le dejó la esmeralda a su vecino y por egoísmo o vanidad, llegó hasta garantizarle su propiedad contra otros posibles codiciosos, diciendo a la faz del mundo: «esta esmeralda es de mi excelente amigo Pulgarcillo y me opongo resueltamente a que alguien la toque».

Pulgarcillo, dice Nervo, no debe, empero, dormir sobre sus laureles.

Por el contrario debe trabajar día y noche por imitar al Ogro y conseguir asimilarse, siquiera sea en parte, el